

FRANCISCO HINOJOSA
TAN SÓLO PALABRAS

CARLOS VELÁZQUEZ
EL COCHAMBRE

NAIEF YEHYA
BURNING

NÚM. 193 SÁBADO 30.03.19

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

TRES ESCRITORES RAZONAN SU VOTO POR LA IZQUIERDA

ALEJANDRO TOLEDO
TANYA HUNTINGTON
ROCÍO CERÓN

TE LO PAGO
CON UNA ORACIÓN
CRÓNICA DE MEMO BAUTISTA



Arte digital > Staff > La Razón

El resultado de la jornada electoral celebrada el primero de julio de 2018 expresó la voluntad de más de treinta millones de votantes que determinaron el triunfo contundente de Andrés Manuel López Obrador. Tres autores analizan aquí sus motivos para sumarse a ese electorado, los factores que nutrieron su decisión en favor del ahora presidente en funciones. Los textos forman parte del libro *Oríllese a la izquierda*, coordinado por Miriam Mabel Martínez; pronto comenzará a circular en el sello Universo de Libros y convoca a quince escritores en activo que contribuyeron, con su voto razonado, al cambio que hoy experimenta el país.



¿EL DINOSAURIO

YA NO ESTABA AHÍ?

ALEJANDRO TOLEDO

Estoy con Antonio Porchia cuando dice: "Mi lado es el izquierdo, nací de ese lado"... Desde que pude votar, lo hice por la izquierda: Heberto Castillo, Rosario Ibarra de Piedra, Cuauhtémoc Cárdenas, López Obrador... y aunque la izquierda política se fue desdibujando, mi puño tiende a esa parte de la boleta cuando me encuentro en la casilla.

Por lo mismo mi destino, o el destino de mi voto, era la derrota, a veces de forma injusta, pues parecía que el aparato político, por ejemplo en la elección que encumbró a Salinas, asumía el *no pasarán* como propio. Eran tiempos del carro completo priista y *la caída del sistema*, y vicios como las *urnas embarazadas* o el *ratón loco*. El presidente era el árbitro único de las elecciones: él definía a su sucesor.

Cuando leí un texto de Martín Luis Guzmán, que es una suerte de epílogo de *La sombra del caudillo*, aquel que se titula "Axkaná González en las elecciones", creí entender que esa realidad no variaría, y los intentos de López Obrador por romper ese cerco me lo demostraban... Mas ocurrió que no, que los tiempos han cambiado y en 2018 por vez primera voté no por el derrotado sino por el ganador. Me encuentro en un México distinto al que hallé al llegar a la edad ciudadana. Más de tres décadas después parece abrirse el camino de la legalidad democrática. Y de aquel PRI que parecía invencible sólo queda, luego de la

votación del primero de julio, su pasmo. Ahora todos repiten esa variación inevitable del cuentínimo de Monterroso: al despertar, el dinosaurio ya no estaba ahí. ¿Será?

Exploro en mi computadora y encuentro apuntes de cómo he vivido algunos momentos de ese tránsito político.

UNA NOCHE, dos o tres días después de las elecciones del 21 de agosto de 1994, despertó llorando mi hija Isabel, que estaba por cumplir cuatro años. La madre corrió a consolar a la pequeña.

—¿Por qué lloras, Isabel?

—Tengo miedo, mamá.

—¿Por qué tienes miedo?

—Porque ganó Ernesto Zedillo. No va a ser buen presidente, mamá. Sólo le da de comer a su familia.

La niña había oído insistentemente en la televisión aquello de "Bienestar para tu familia", y creyó en principio que el candidato priista le daba de comer a todos los niños de México, mas algún malhumorado la corrigió diciéndole: "Sólo le da de comer a sus hijos".

Esa noche la madre siguió consolando a la niña, a la que el sueño había llevado a concentrar lo que escuchó y vio durante esas jornadas políticas y que bien a bien no comprendía. La niña se volvía espejo sincero o inocente, digamos, de esperanzas

DIRECTORIO

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director
@sanquintin_plus

CONSEJO EDITORIAL

Julia Santibáñez

Editora
@JSantibanez00

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki • Delia Juárez G.
Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Bruno H. Piché • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial: Adrian Castillo Coordinador de diseño: Carlos Mora Diseño: Maria Fernanda Osorio

Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 10

y temores, prejuicios e ideales de los adultos que la rodeaban: sus padres, sus abuelos, sus tíos...

—¿Y Carlos Salinas es mal presidente, mamá? —siguió preguntando la niña en su llanto.

—No, hija. Salinas es buen presidente —mintió la madre para tranquilizar a Isabel.

La niña al fin se quedó tranquila y volvió a dormir.

¿Cuál fue el 1994 que los niños tenían en el subconsciente? En horas de caricaturas y por los cortes informativos, la televisión les brindaba todos los días (como sigue ocurriendo) imágenes de violencia. Desde tiempo atrás, el pudor hacia lo sangriento había sido olvidado. ¿Cómo entendió un niño la sublevación indígena? ¿O un hecho tan cruelmente fotografiado y videograbado como el ocurrido a Luis Donaldo Colosio en Lomas Taurinas?

El niño recibe la información y busca el modo de codificarla, relacionarla con su entorno. Al presidente, por ejemplo, lo encuentran en la televisión y los periódicos que compran sus padres. Se vuelve una presencia, una figura tutelar. El presidente es el personaje más importante del país; así, la mente infantil relaciona a la figura más importante de México con la figura masculina que domina en su casa.

Un padre malo crea angustia en un niño. Un padre bueno le da tranquilidad.

Recuerdo también la noche aquella en que empezaron a transmitir los primeros informes del atentado contra Colosio. El sonido de la televisión partía de todos los hogares. Estuvimos frente al monitor horas y horas en espera de que el candidato del PRI se reestableciera. Nadie quería oír una noticia en sentido contrario. ¿Quién podía alegrarse ante un hecho tan lamentable? Pensábamos en su esposa, en lo que estaría sufriendo, y en sus hijos. Diana Laura mandó por ahí el mensaje de que su pequeño no viera la televisión, de que lo alejaran del aparato.

La estupefacción era el sentimiento común. Y más noche, cuando se confirmó la muerte de Colosio, la tristeza fue profunda.

LODE CHIAPAS fue distinto. La lucha armada duró un poco más de diez días, y el resto ha sido torpe negociación y larga espera. El levantamiento zapatista nos hizo despertar hacia un sector de la población que habíamos olvidado y que es una de nuestras raíces fundadoras: el mundo indígena.

Y (seguimos en 1994) vinieron las elecciones. Los signos oscuros tuvieron el respiro de un debate abierto entre los tres principales candidatos, y otros minidebates ya no transmitidos en horario estelar. Aquella primera discusión pública fue atendida como una pelea de Julio César Chávez.

Para las campañas políticas hubo un descanso de medio tiempo, como en el fútbol y por el fútbol: el campeonato del mundo. La última recta presagiaba un final, en las elecciones

“Y VINIERON LAS ELECCIONES. LOS SIGNOS OSCUROS TUVIERON EL RESPIRO DE UN DEBATE ABIERTO ENTRE LOS TRES PRINCIPALES CANDIDATOS. AQUELLA PRIMERA DISCUSIÓN PÚBLICA FUE ATENDIDA COMO UNA PELEA DE JULIO CÉSAR CHÁVEZ”.

para presidente, con serie de penales. No fue así. Para nuestra desgracia, ganó Zedillo, que le entregaría el poder a Vicente Fox en el 2000.

SÍ, UNA OPORTUNA ventana literaria para observar cómo se han sentido o vivido las elecciones en México por casi un siglo, con *carros completos*, *operaciones tamal* y *ratones locos* o *caídas del sistema*, entre otras linduras fantasmales que en las incertidumbres aún nos acosan, es el texto extraño de Martín Luis Guzmán, “Axkaná González en las elecciones”. Es un desprendimiento, en cuanto a su protagonista, de *La sombra del caudillo* (1929), quien cumple en esa novela un papel digno como acompañante del político que va a ser sacrificado por el tirano, al no apegarse a los usos y costumbres de la pirámide del poder, y también Axkaná, conciencia sobreviviente de la tragedia antidemocrática, pero que en ese otro apunte no muy conocido pierde del todo la compostura.

El párrafo que abre esas notas plantea muy bien las condiciones en que se daba la batalla electoral, y muchas veces ocurrió en tiempos del priato que podrían haberse tomado tal cual esas líneas, sólo modificando los nombres y las ubicaciones geográficas y cronológicas, para describir varios presentes vividos en nuestra historia patria, que son pasajes de una asombrosa y cruel picaresca. Se lee:

La víspera de las elecciones, a las nueve de la noche —era al mediar la tercera década de este siglo—, Axkaná González, candidato a diputado por el 5° Distrito de la ciudad de México, consideraba su causa poco menos que perdida. Teódulo Herrera, primero entre sus contrincantes, había logrado apoderarse de los documentos necesarios para la confección del

expediente electoral, y Axkaná, pese a sus enormes esfuerzos de última hora, no conseguía reunir aún gente aguerrida con quien asaltar al otro día las mesas de los comicios y adueñarse, a su vez, de los tales papeles.

Ganar las elecciones no implica ahí convocar el mayor número de votantes sino “apoderarse de los documentos necesarios para la confección del expediente electoral”. Fue algo que le ocurrió, varias décadas más tarde, a Cuauhtémoc Cárdenas, cuando le arrebataron su triunfo sobre Carlos Salinas de Gortari, que gobernó al país de manera ilegítima, fraude que se cometió a través de una inocente falla general en el Programa de Resultados Preliminares, esa herramienta que se consulta ahora como quien sigue, vía la red, una serie futbolera de penales.

Por esas tradiciones, que van desde Axkaná González hasta Manuel Bartlett, el domingo 2 de julio de 2006 por la noche muchos murmuraban las palabras “fraude” y “robo”, pero quizá en este caso no se justifican porque es difícil, en estos tiempos, alterar o maquillar un resultado para que el candidato del sistema triunfe... aunque la clase gobernante lo haya apoyado sin discreción alguna en su campaña, con mensajes directos o indirectos, o docudramas propagandísticos que podría uno considerar como ingenuos artísticamente, y hasta absurdos y grotescos, pero al parecer efectivos para fabricar miedos. ¿Se pensará que la democracia evolucionó cuando no hay ya que ir a robar las papeletas para imponerse, como le ocurre a Axkaná, pero con una “guerra sucia” no más sofisticada pero que se ejercita en otros terrenos, con estrategias de control social desarrolladas sobre todo a través de la dos veces triste televisión mexicana?

Fuente > verificado.mx



Metido, pues, en ese lío, Axkaná recibe solicitudes de ayuda; aparece entonces por ahí don Casimiro, que le dice:

Todo en estas bolas, mi jefe, es asunto de dinero y de unos cuantos ciudadanos de buena voluntad. Si ahorita me entrega usted cien pesos, yo me comprometo a traerle mañana en la madrugada cincuenta o sesenta compañeros con los que le garantizo el triunfo.

El relato de Martín Luis Guzmán se ubica (sin fecha) en el tomo primero de sus obras completas, casi al final (entre las páginas 1052 y 1073), un poco antes de "Piratas y corsarios". Tiene el mismo espíritu bucanero de quienes van por el botín del poder en un país que vive "la abstención popular más completa, la indiferencia total del conjunto ciudadano, la renuncia a la dignidad de gobernarse a sí mismo", y en el que las actividades inverosímiles se vuelven toda una especialización, como ese Chato Méndez, muñidor electoral de Axkaná, que siete días después de las elecciones se dedicaba aún a la tarea de fabricar expedientes falsos:

Llevaba ya inventados centenares de nombres de personas y simuladas otras tantas firmas; había anotado multitud de padrones, cruzado millares de boletas, y ahora se ocupaba en llenar con imaginarios sucesos de mucho sabor democrático, actas tan notables por la prosa como por la variedad de los tipos de letras y los colores de las tintas.

En ese texto raro de Martín Luis Guzmán triunfan los gañanes. Los operadores reciben en el Club Radical Progresista de la calle de Guerrero sus recompensas:

Hubo enorme entusiasmo, aplausos y vítores. Porque Axkaná, desde aquella hora, debía considerarse diputado presunto, y, en efecto, lo era. Su credencial no podría considerarse de menor valer, ni menos limpia, que las que trajeran los 259 diputados del futuro Congreso. Así lo aseguraban y garantizaban el Chato Méndez, don Casimiro, Gándara y el estudiante veracruzano.

En las condiciones actuales (julio de 2006), sin reglas muy claras, con un presidente que fabrica equívocos sin ton ni son y ha seguido en esa línea desde el principio hasta el final de su sexenio, y con un árbitro que duda a la hora de declarar el gol como bueno y en la ejecución de la pena máxima se pone más nervioso que el tirador o el arquero, está uno tentado a repetir la frase publicitaria del filme



Fuente > verificado.mx

que enfrentó al *Alien* contra el *Depredador*: "Gane quien gane, nosotros perdemos".

El que lo haga no podrá decir, en tal caso, que tiene las manos limpias.

ESTÁBAMOS EN UNA ESTACIÓN de autobuses intermedia a nuestro destino. Nos habían bajado ahí porque de pronto se les ocurrió, sin dar mayores explicaciones, cancelar ese itinerario. Yo me molesté y pedí hablar con el responsable. Tenía sólo el fin de semana para vacacionar, y ya nos estaban haciendo perder el tiempo, dejándonos, además, entre dos ciudades sin ofrecer nada a cambio, alguna alternativa para llegar a nuestra meta. El encargado no respondió, sólo decía que así eran las cosas, que sólo recibía órdenes de arriba, etcétera. Y además se reía de mi enojo.

Mis acompañantes estaban resignados a la situación, pero yo sentí que con presiones algo se resolvería: no podía ser que uno comprara un boleto de autobús para ir a un lugar específico, y lo dejaran a uno en otro sitio. Era algo absurdo. Alguien tenía que respondernos, podían habilitar otro autobús que continuara la ruta...

Seguí con mis quejas y mis gritos. En algún momento del sueño vi que aparecía por ahí Vicente Fox, quien realizaba algún acto protocolario y me acerqué, él pensó que para saludarlo pero lo que hice fue contarle con furia lo que nos estaba sucediendo.

—¿Y yo qué tengo que ver en el asunto?

—Que su gobierno debe cuidar que las empresas actúen con honestidad y no hagan lo que les dé la gana y

MATIZAR DESDE LA IZQUIERDA

TANYA HUNTINGTON

Dado que el español no es mi lengua materna, me encuentro eternamente fascinada con ciertos modismos que no poseen una correspondencia precisa en otros idiomas. Tener "mano izquierda", por ejemplo. Según la Real Academia Española, se refiere a una "habilidad o astucia para manejarse o resolver situaciones difíciles". Un brinco hacia el Instituto Cervantes revela que, al parecer, el origen de la frase puede encontrarse en la tauromaquia, donde hay que emplear la mano izquierda para torear *al natural*.

Ser de izquierda, en cambio, viene de Francia, donde sentarse en esa ala de los *États généraux* significaba apoyar la Revolución y su meta de una república secular y, a la vez, oponerse a la monarquía, la aristocracia y la teocracia que caracterizaban el viejo régimen. Hoy en día, en países como México, que son repúblicas seculares sin monarquía, ¿qué significa

la izquierda? En términos generales, apoyar lo igualitario en contraste con las jerarquías sociales que permanecen como vestigios autoritarios. Apoyar el cambio.

Actualmente en este país no parece que haya tanto contraste entre los que quisieran que todo siguiera igual y los que buscan ese cambio, dado que nadie está conforme con las cosas como están. Más bien, subsiste cierto miedo de que el cambio incurra en excesos jacobinos, también originarios de la Revolución francesa. Aunque no tenga a la mano una bola de cristal, no creo que sea el caso aquí. Mi instinto me dice que si Andrés Manuel López Obrador tuviera la intención de perseguir a la élite o de llevar a cabo purgas maoístas, lo hubiera hecho como jefe de gobierno de lo que era entonces el Distrito Federal, en lugar de trabajar hombro a hombro con Carlos Slim en el rescate del Centro Histórico, sólo por dar un ejemplo. Me parece que el dilema

que confrontamos va más a fondo y tiene que ver con la manera en que definimos actualmente nuestras posturas ideológicas.

La izquierda ahora experimenta cambios profundos en términos de lo que percibía durante mi juventud como un proceso de cambiar el sueño socialista de una hermandad internacional por otro de proteccionismo antineoliberal, apropiándose de paso del ambientalismo que alguna vez fue terreno de los más poderosos (no olvidemos que el crimen de Robin Hood consistió en cazar ilegalmente un ciervo en la reserva natural del rey). Pero ojo: estos desplazamientos pueden volver a ocurrir de una generación a otra. Valores que defendía Michael Moore en mi país natal como izquierdistas en su primer documental parteaguas, *Roger and Me*, ahora se han vuelto esencia del trumpismo de extrema derecha, como por ejemplo estar en contra de los tratados internacionales, o el

dañen a la gente —le dije, creo—. Si no hay gobierno...

Él se me quedó mirando y se dio la vuelta, para seguir saludando al pueblo como si fuera estrella de cine. Volví con quienes administraban la estación de autobuses, que ya estaban dando vales a los que bajaron del autobús que no concluyó su viaje, los cuales podrían hacerse valederos para otro turno en la semana... No acepté esa compensación, no entendía qué estaba pasando. Quienes estaban alrededor me pedían que fuera razonable. Después, como vieron que no me convencían, ofrecieron devolver un porcentaje del importe, ¿y el viaje?, ¿cómo llegaríamos a donde queríamos vacacionar?

Terminamos caminando por la zona de talleres de la estación. Entre autobuses y motores desarmados había hamacas y literas para descanso de los choferes. Vi a uno que se deslizaba por las cobijas para no ser visto, y pensé que se le había hecho tarde e intentaba que pareciera que todo el tiempo había estado ahí, y no saldría de la cama hasta que lo buscaran, como el burócrata que escapa de la oficina para desayunar o comprar algo y luego hace como que estuvo trabajando la jornada completa.

En otra parte había tirados en el suelo cuerpos humanos envueltos en bolsas negras, pero era gente viva, y un automóvil en reversa los iba a aplastar. Advertimos al que manejaba que tuviera cuidado e hicimos a un lado las bolsas para que nadie fuera atropellado.

El sueño se desvanece... Estoy en una reunión, en una casa, como



Fuente: gaceta.mx

invitado. Deciden, en la familia, si es buen momento para entrar a un cuarto y despertar a los durmientes. Ven la hora, sonríen nerviosos, alegres, y tocan a la puerta. En la cama hay una pareja de hermanos, ella y él; las sábanas están revueltas y da la apariencia de que hicieron el amor. Ellos se quejan de que uno le quitaba las cobijas al otro durante la noche. Están desnudos. Me invitan a pasar al cuarto pues se trata de una representación, una obra de teatro que se irá desarrollando en esta casa y cuya escena primera es el despertar en la recámara.

“TENGO A MI LADO A UN CRÍTICO DE TEATRO QUE VA AL CUARTO CON MORBO, PENSANDO QUE VEREMOS UNA ESCENA FUERTE DE SEXO; YO LE SUGIERO, CON UN GESTO, QUE SE TRATA DE OTRA COSA”.

antimexicanismo implícito en *Make America Great Again*.

En nuestro gremio cultural, el debate ruge aún entre lo políticamente correcto, que nace de un intento de nivelar la cancha para que haya una mayor participación de todos aquellos que no sean hombres blancos —con lo cual no puedo sino estar de acuerdo—, pero que a la vez ha desembocado en una censura moralina que sólo puede considerarse de derecha. También está latente la cuestión de si la cultura debe ser rentable: una posición sostenida por el odioso pensamiento neoliberal que, no obstante, ha aportado ideas que no deben rechazarse de entrada, como por ejemplo el hecho de que el turismo se construye sobre la base de la riqueza cultural, o que la gastronomía mexicana debe considerarse como alta cultura. La bola curva que nos ha lanzado internet, en lugar de esclarecer nuestra perspectiva, ha enturbiado las aguas, alterando hasta los sistemas editoriales, académicos, museográficos que antes regían las artes con una estabilidad parnasiana. Tanto nuestros problemas conceptuales como nuestra subsistencia se encuentran en un estado de fluctuación extrema, lo cual complica tomar una postura firme.

En lo personal, me resulta útil reconocer como conservador cualquier impulso platónico de perfeccionar la cultura al servicio del Estado, mientras que el impulso aristotélico de lo catártico, de defender lo mimético y rítmico de la poesía por ser lo que nos define como humanos, significa libertad y, por ende, es liberal. Mi preocupación central con el futuro de la cultura bajo López Obrador —después de haber votado por él con los ojos abiertos— sería justamente que fuera condicionada a promover una nueva identidad nacional, a pesar de que reconozco la utilidad y hasta la necesidad de fomentar dicha identidad.

Nací en otro país y soy multidisciplinaria. Por ende, como artista, o más bien como ser humano, no puedo evitar escribir y pintar y fotografiar y actuar y manifestarme en contra de las fronteras, sean cuales sean éstas.

Hace casi un siglo, la división central de la cultura en México fue de los muralistas nacionalistas contra los Contemporáneos. Hace unas décadas, la brecha se marcó entre los que apoyaban el régimen de Fidel Castro después del caso Padilla, y los que no. Por ser extranjera de origen y por creer en la libertad de expresión,

El que actúa como el hermano me pide que me acerque, me asomo por la puerta y me dice que no me apene, esto lo hace distrayéndose de la parte suya actuada pero con naturalidad, como si fuera parte del juego escénico. Tengo a mi lado a un crítico de teatro que va al cuarto con morbo, pensando que veremos una escena fuerte de sexo; yo le sugiero, con un gesto, que se trata de otra cosa. Y pienso que la imagen de los hermanos en la cama es más bien una metáfora, por aquello que escribe Tomás Segovia del incesto como polo del amor: no se trata de hacer de nuestra hermana nuestra amante sino de nuestra amante, nuestra hermana. Es la búsqueda del amor entre iguales, el amor fraterno.

Despierto y llueve. Amanece con lluvia, como al final de la novela corta *Noches blancas*, de Dostoievski, y murmuro unas frases que suelen venir a la memoria en los despertares húmedos. ¿Cómo es? Según el recuerdo, algo así: “Amaneció un día hostil, los goterones daban a la ventana con una quejumbre monótona”, luego se describe la recámara oscura del personaje solitario, que se considera a sí mismo un soñador, y se enfatiza la lobreguez exterior.

La lectura primera se confunde con una lectura en atril de esa *nouvelle* de Dostoievski en Casa del Lago, con Enrique Lizalde, Enrique Rocha y Diana Bracho (o Helena Rojo, las confundo), en una adaptación de Vicente Leñero de los años ochenta... Leñero lamentó más tarde que se haya agregado la voz del narrador, que él omitió, y esa voz es la que habla del amanecer de un día

ante todo, inevitablemente me hubiera quedado en ambos casos entre los últimos, no los primeros.

Todavía no se perfila el debate central de la cultura bajo la nueva izquierda. Pero debemos recordar que navegar fuera de la marea preponderante siempre nos queda como otra opción. Como señala Mikhail Bakhtin en su exploración seminal de la obra de François Rabelais, no debemos perder de vista la esencia de lo subversivo en el arte.

Si el mensaje siempre cuestionador, siempre renovador del realismo grotesco pudo aguantar el fuego de la extrema religiosidad autoritaria durante el medievo, pienso que debo confiar en que pueden también subsistir voces críticas desde el interior del movimiento de Morena en tiempos de izquierda. ■

TANYA HUNTINGTON (Estados Unidos, 1969), artista y escritora binacional, es jefa de redacción de la revista bilingüe *Literal: Voces latinoamericanas* y autora de varios libros, de los cuales el más reciente es *Solastalgia* (2018). Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte (SNCA-Fonca).

hostil y los goterones que daban a la ventana... ¿Cómo tradujo esto Cansinos Assens? Quizá fue la traducción de la que partió Leñero o que retomaron los actores, porque dice:

Mis noches terminan con una mañana. Amaneció un día hostil; llovía, y los goterones de la lluvia daban con una quejumbre monótona en los cristales de mi ventana; en la habitación había oscuridad, como sucede en los días de lluvia, y fuera, llobreguez. (Tomo I de las *Obras completas*, p. 532).

Los sueños se funden con las lecturas. Llueve en el amanecer de esas *Noches blancas* de Petersburgo y llueve en la Ciudad de México, mientras un equipo de discursadores prepara al presidente en turno un informe equívoco y fantasioso, a ser leído entre aplausos no merecidos y rechiflas certeras, del "estado que guarda la nación".

SE HA ESTADO YENDO la luz el fin de semana. La pausa que esto impone es a veces agradable porque crea un



“LLUEVE EN EL AMANECER DE ESAS NOCHES BLANCAS DE PETERSBURGO Y LLUEVE EN LA CIUDAD DE MÉXICO, MIENTRAS UN EQUIPO DE DISCURSADORES PREPARA AL PRESIDENTE EN TURNO UN INFORME EQUÍVOCO Y FANTASIOSO DEL ‘ESTADO QUE GUARDA LA NACIÓN’”.

silencio distinto, nuevo, sin la música estridente de los vecinos de al lado ni el ruido de las máquinas de los impresores del edificio vecino, que han de tener mucho trabajo porque se pasaron en su oficina sábado y domingo, desde que Dios amaneció hasta que Dios anocheció. Nada de eso se escucha ahora que no hay luz.

Lo que se interrumpe de momento es la escritura. Si acaso algunas líneas logran salvarse, pero al volver a encender la computadora ésta no marcha como es debido, o cuando por fin se entra de nuevo al texto iniciado resulta que una frase no concluyó o un desarrollo que se antojaba interesante quedó trunco y uno no comprende ya o no ata el hilo del discurso propio, y cuando se logra medio reconstruirlo viene otro apagón y... Vuelta a empezar.

Mientras la luz regresa, y si parece que va para largo, debe uno armarse con lo elemental: el cuaderno y el lápiz o el cuaderno y la pluma. Un tipo dijo un día:

—Espera, deja que saque mi laptop —porque algo debía anotar.

Y mostró su cuadernito escolar.

Es como cuando alguien comenta con tono preocupado:

—No puedo encontrar las llaves del coche.

Y se busca en los bolsillos del saco y en la camisa y en el pantalón, hasta que halla unos boletos del metro, que son sus llaves del coche.

El cuaderno es una laptop que no tiene que ser encendida. Con lápiz o lapicero o pluma, lo que gustéis, basta. Es de lo que se provee José García, el personaje de *El libro vacío* (1958), de Josefina Vicens, que compra dos cuadernos, uno para las anotaciones primeras y otro para las versiones definitivas... pero el segundo cuaderno se queda en blanco, vacío, por lo que parecería que leemos sus borradores, lo del cuaderno en sucio, digamos, aunque eso está por discutirse. ¿No será que José García encontró la fórmula literaria adecuada a sus dificultades con la escritura?, ¿y si bien no llenó nunca ese libro vacío sí reescribió el otro, el sucio, porque encontró que al relatar su angustia con las palabras se retrataba a sí mismo?

Reeditó el Fondo de Cultura Económica las dos novelas de Josefina Vicens en un tomo, *El libro vacío y Los años falsos* (1982), basándose en la edición de la UNAM de 1987, omitiendo la carta-prefacio de Octavio

PENSAR MÉXICO

ROCÍO CERÓN

Trueno del temporal: oigo en tus quejas crujir los esqueletos en parejas, oigo lo que se fue, lo que aún no toco y la hora actual con su vientre de coco. Y oigo en el brinco de tu ida y venida, oh trueno, la ruleta de mi vida.

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Observamos desde un presente que se quiere claro, pero no lo es, ¿qué se mira, entonces?, ¿qué no se mira? Nebulosas. Realidades múltiples que conforman una realidad que vuelve a hacerse múltiple según la persona y sus circunstancias. Un país es una construcción de subjetividades; para unos es un país ideal, para otros es un infierno. Pensar un país es pensar la relación que uno tiene con éste desde la infancia. Relacionarse con la idea de *país*, de *nación*, comienza no sólo en las aulas, la historia se teje con la vida en las calles y en la casa donde no siempre hay un reflejo exacto de los discursos oficiales.

La conformación personal se anuda entre el deseo de una colectividad democrática, plural y de igualdad y el paisaje enrarecido de corrupción, desigualdad, racismo, clasismo y pobreza que permea, y ha permeado, a México desde hace siglos.

Desde niña supe que vivimos en un país de promesas. Cuando llegué a mis veinte entendí claramente qué puede pasar cuando quieres romper el círculo vicioso del poder y el presidencialismo. Hace veinticinco años alguien quiso cambiar de promesas y fue asesinado. Toma de conciencia y comienzo de la turbulencia: así era el país en el que nací, vivía y viviré —turbio, lleno de claroscuros— donde un 24 de marzo de 1994 fue asesinado el candidato presidencial del partido en el poder: Luis Donaldo Colosio. La distancia acrecentó la sensación de colapso (estaba fuera del país), fue un momento álgido (ha habido tantos que podríamos decir que México se asienta entre el colapso y

la resurrección de cada uno de ellos) y esta muerte me parecía el inicio de una época aún más oscura.

Su énfasis en una reforma política, nuevo federalismo y soberanía le valieron, dicen los enterados, la vida. La distancia acrecienta las formas. A la lejanía sentí que el país se desangraba en pugnas políticas y económicas. Hoy sigo sintiendo lo mismo. ¿Qué ha cambiado después de las elecciones de 2018? Después de haber votado y de acompañar —en una siguiente parada— por siete horas a mi pareja en la fila de casillas especiales, y ver el entusiasmo y la voluntad de votar de cientos de personas (y la de millones de mexicanos en miles de casillas), sé que más allá de los discursos caducos de políticos de derecha, izquierda, centro y todos los demás ángulos y tendencias, hay una fuerza colectiva que está ejerciendo la posibilidad de desestabilizar las promesas de siglos, los discursos caducos, las formas de hacer política en el país.

Paz a la primera novela, que la ha acompañado desde 1978 y que el tomo universitario sí incluía. ¿Por qué no aparece el texto de Paz?, ¿por una mala decisión editorial o porque la heredera del poeta no concedió el permiso correspondiente? Le hace falta, al tomo nuevo, esa carta-prefacio, toda vez que el nuevo prólogo, de la mano Aline Petterson, es a todas luces insuficiente.

¿A todas luces? No vuelve, todavía, la energía o corriente eléctrica, y escribe uno en un cuaderno, como José García, letras o palabras que cuando la luz regrese deberán ser pasadas en limpio.

¿Qué se llama "La luz que regresa"?

Solamente los relojes se mantienen en marcha, y lo que indican es el tiempo en que no ha habido luz. Por los cubos del edificio se escuchan algunas voces murmurantes, y afuera pasan los vehículos de sur a norte, o norte a sur, por la avenida Doctor José María Vértiz.

Tocan a la puerta. Es Aurelio, del servicio de limpia, que viene a recoger la basura lunes, miércoles y viernes a las 9:30 horas. No llamó por el timbre, obviamente, y encontró la puerta del edificio abierta. Parece



Celebración en el Zócalo, la noche de la jornada electoral.

excitarlo ese hecho, que dificultará hoy sus labores: la incertidumbre de si podrá entrar o no a los edificios, sin timbres ni interfonos funcionando.

A propósito, en el prólogo a uno de los libros de Castaneda apunta Octavio Paz: "La mucha luz es como la mucha sombra, no deja ver". Y tiene García Márquez un relato que se llama "La luz es como el agua", sobre el que en otro lado, y muchos años antes de salir los *Doce cuentos peregrinos*, contó cómo se le ocurrió, cuando

“EL MAPACHE ES FELIPE CALDERÓN,
QUE ACUDE A LOS OTROS ANIMALES EN BUSCA
DE MANO DE OBRA BARATA,
PUES EL OSO LE EXIGE ALIMENTOS.
EL OSO REPRESENTA A LA CLASE EMPRESARIAL,
QUE PIDE TODO PARA SÍ MISMA”.

Se espera un cambio de ruta, no se sabe si se realizará hasta que pasen varios años. Algunas promesas suenan igual que las dichas, otras están manoseadas desde hace décadas, las restantes no.

La nebulosa puede, o no, dejar ver, dejar actuar, dejar que la fuerza de esa colectividad que crea una marea solidaria ante desastres naturales o la violencia (cáncer que carcome el país entero) movilice nuestra musculatura social, educativa y económica para generar nuevas formas de convivencia, de hacer comunidad, de crear espacios colaborativos y de respeto ante las diferencias.

Hoy los espacios de creación colaborativa son necesarios para ejercer la empatía y el diálogo. En ellos se reflexiona, se cuestiona, se comparte, se indaga y se construye, se abre la posibilidad de ser otro para meterse en piel ajena, para caminar con otros músculos, en otra gravedad y peso, dejando el esqueleto propio para observar con los ojos de ese que nos es distinto o, incluso, ausente.

El cambio no provendrá de la cúpula, ni de los partidos políticos, ni de los poderes fácticos, todo tenderá a desestabilizarse y eso habrá de cambiar incluso cómo se configuran los cuerpos, cómo nos relacionamos

en el espacio público los unos con los otros. El espacio compartido es también el espacio de la mirada, del reconocimiento, de la escucha. Ahí no hay cabida para los discursos ni las promesas sino para un territorio de un instante continuo desde donde cuestionar y construir o reconstruir un país. Un espacio también donde la memoria tanto histórica como la de miles de subjetividades que dan rostro al país debe ser revisitada, releída.

Cuando asesinaron a Luis Donaldo Colosio pensé en la capa de injusticia, corrupción y desasosiego que permearía a México. Ahora que pienso en esta geografía, en sus paisajes, en su gente, en la fuerza que hemos demostrado en estas elecciones de 2018, pienso en horadar y crear puentes, aunque sean subterráneos, celulares, de pequeñas comunidades que resisten. Pienso en la educación como piedra de toque, de encuentro y avance. Pienso en un compromiso entre las personas, entre los vecinos, entre el pasajero de al lado del colectivo, un compromiso de respeto, de tolerancia, de reconocimiento. Mirarse a uno mismo en los gestos de alguien que está frente a nosotros, es decir, verse en la humanidad de ese otro.

No hay nada escrito aún, hay muchas voces, muchas promesas y un

preguntó a un *eléctrico* cómo era eso de la corriente eléctrica, y el tipo le dijo eso que luego se convirtió en el título de la narración, pues decía que al activar el interruptor, como quien abre el grifo del agua, corría el fluido en el foco, chocaba con el vidrio, y creaba luz.

En el cine, el sábado, también se fue la luz. Veíamos *Vecinos invasores*, una cinta de animación por computadora que parece fabular lo que hoy ocurre en el país: el mapache es Felipe Calderón, que acude a los otros animales en busca de mano de obra barata, pues el oso le exige alimentos. El oso representa a la clase empresarial, que pide todo para sí misma. Y el líder de los otros animales es una tortuga, que vendría siendo López Obrador, quien presiente el engaño en que sus compañeros están cayendo con las promesas de una vida mejor, el ingreso a la modernidad con alimentos empacados y no frutos silvestres. En principio el mapache desplaza a la tortuga aunque al final se descubre el engaño, de que aquél sólo buscaba el bien suyo y del oso...

Se activa de pronto el refrigerador. Suenan de nuevo las máquinas de la imprenta. Vuelve al edificio la música estridente de unos vecinos también invasores. Y la pausa termina. Es decir, regresó la luz.

HASTA AQUÍ MIS NOTAS del pasado. Increíblemente, la tortuga asumió la presidencia de los Estados Unidos Mexicanos el primero de diciembre de 2018. Como en la vieja fábula, esta vez cruzó la meta antes que el conejo. Todos esperamos que actúe a la altura de las circunstancias. □

país que se desangra ante la inmensa problemática de violencia y los miles de desaparecidos, cientos de miles de familias rotas, desesperación e injusticia. La nebulosa seguirá mientras no seamos capaces de convocar a acciones de reconocimiento, de escucha, de diálogo.

La escritura y la poesía, siempre la poesía, son una de esas capas donde el vaciamiento de las voces personales permite que entre la voz colectiva al oído de un país, y desde ahí se extiende al cuerpo entero.

Estos seis años, con un cambio de gobierno y una sociedad ya ejercitada en generar cambios, bien podrían ser entendidos como el llamamiento a mirarnos las unas a los otros, y a la inversa, para entonces poder construir espacios anómalos, distintos, subversivos. □

ROCÍO CERÓN (1972) es poeta, ensayista y editora. Entre su obra reciente se cuentan *Nudo vortex* (2015), *Borealis* (2016) y *La rebelión* (2016). Su libro *Diorama* (2012) obtuvo el Best Translated Book Award en 2015. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte (SNCA-Fonca).

El teporocho es un expulsado de la comunidad de la gente de bien, un ciudadano proscrito. Se dice que su apelativo viene de una mezcla de té barato con alcohol, que costaba ocho centavos y se vendía en algún lugar de la capital. Pedir un té-por-ocho fue el recurso socorrido de quien no tenía dinero para una cerveza, pero necesitaba del abrazo etílico. Presentamos una crónica sobre ese personaje mal aseado, cuya presencia resulta incómoda para muchos, e invisible para la mayoría.

TE LO PAGO CON UNA ORACIÓN

MEMO BAUTISTA

EN LOS OJOS de Ramón se dibuja el gozo. Los abre grandes, grandes. Se imagina el aroma de la carne blanca del pescado cocinada al fuego con ajo y un poco de albahaca. Las tripas del hombre reaccionan y comienzan a moverse. Saca la lengua y la pasea por los labios. No se da cuenta pero recoge restos anaranjados de los Cheetos que comió hace apenas media hora.

El teporocho imagina una trucha entre sus manos. La sostiene, nota el peso porque sus músculos se tensan un poco. No hay nada más que antojo. Su mente juega con él. Le dice que si la puede imaginar entonces es real; que el olor a excremento, orines y podredumbre de sus manos es el aroma de su comida preferida: el *fish*, como él le llama. Así que se lleva las manos a la cara, abre la boca y da una mordida al viento. Grande, con ganas, de esas que hacen que uno se atragante. Y le comienza el hipo.

Vuelve en sí, a su montón de colchonetas y cobija viejas y sucias, que en las noches es como una cama y en el día una especie de *puff* raído y maloliente. También funciona como alacena porque ahí guarda la comida que recolecta. Da un trago a su vaso que contiene un poco del destilado de caña con sabor a coco y refresco de naranja. Le gusta porque no le raspa la garganta pero, ¡ah!, cómo emborracha. Apenas la semana pasada alguien le dio unos filetitos fritos, de esos del tianguis, rebosados, tan bien hechos que hasta parecía que los habían enrollado para regalo.

—¡Ay, corazón!, ahora sí te rayaste —dijo una de las barrenderas de la colonia. A fuerza de verse diario ya se hicieron amigos.

Ramón entonó su mejor acento jarocho para hacer mofa de los veracruzanos, pero la borrachera permanente hace que sus palabras siempre se arrastren.

—Es una truchita. Un platillo exquisitamente delicioso —y no dejaba de poner salsa Valentina a los filetes.

De su montón de trapos mugrosos, Ramón saca una bolsa grande con Cheetos para quitarse el antojo.



Foto: gonzaloh / flickriver.com

Hubiera preferido unos ostiones sazonados con limón y vinagre; o los camarones con cabeza, peladitos, cocidos sólo con limón y una salsa de chile habanero, como la que le enseñó a hacer su exesposa, quien le aprendió a su mamá, una indígena cora de la sierra nayarita.

El hombre mete la mano cubierta por unos guantes negros que dejan expuestas sus uñas cortas bordeadas de tierra y mugre —cuando la borrachera se le baja y no consigue alcohol, la ansiedad y los temblores provocan que se lleve las manos a la boca y se coma la punta de sus dedos—. Toma una de esas frituras anaranjadas y la come. Mastica lento, sin prisa. Ramón me mira, estira la bolsa.

—¿Quieres, mi carnal? —me dice.

—¿NO TIENES ALGO MÁS en tu guardadito? —pregunta a Ramón otro teporocho del barrio.

Ramón vuelve a sus trapos. Encima deja los Cheetos y hurga en una caja de cereal. Ahí, en lugar de hojuelas de maíz, almacena una botellita de agua oxigenada para curarse alguna herida, un paquete de cacahuates japoneses y una botella de coca-cola donde guarda la leche que consiguió en la Liconsal del barrio. Pero encuentra grumos en el líquido, el calor echó a perder el lácteo.

De una bolsa amarilla colocada en el piso, Ramón extrae un plato desechable que tiene envuelto en plástico un revoltijo de chicharrón, caldo de jitomate y chile. Todo frío. La grasa ya está sólida y se pega a la bolsa. El hombre mete la mano y prensa un poco del cuero de cerdo remojado en

la salsa roja y unos tacos de hongos y verduras con tortilla de harina de trigo, de la que le gusta.

—Mira, aquí tengo unos taquitos de ayer.

—Gracias, mi carnal.

—No hay pedo. Yo guardo algo de comida porque, como siempre digo: vamos a comer, porque primero lo que deja y luego lo que apendeja.

Y los dos hombres sueltan una sonora carcajada.

Ramón se sienta a mi lado, prende su cigarro de marihuana.

—Ayer me puse al talón, cabrón. La gente es chida, me trae de comer, pero eso que tengo nada más me aguanta para hoy. Ve, del dinero que me dieron me alcanzó para comprar mi alcohol y un refresquito.

Ramón saca de sus trapos tres vasos y sirve destilado de caña. Casi los llena, pero ya tiene medido el asunto. Les agrega apenas un chorrito del refresco de naranja. Me ofrece uno. El otro es para el teporocho que llegó.

—Toma. Ni modo que te bajes los tacos a brincos. Salud.

Los hombres beben un trago del brebaje que emana un empalagoso aroma a coco. Les gusta porque no tiene el sabor fuerte del alcohol. Pero de que pega, pega. Ellos y sus años de adicción al destilado son la prueba.

De otra bolsa, Ramón saca un envoltorio de papel. Contiene restos de churros. El aroma a recién hechos y la textura crujiente se han ido. Están aplastados y húmedos, con el azúcar amontonada y tienen un tono de madera vieja. Pero a Ramón eso no le importa. Le da una mordida y el azúcar queda colgada en bigote y barba. Cierra los ojos y mastica. Sus labios extienden una expresión de placer. El dulce hace fiesta en su boca. Se acuerda —me dice— de los que hacía su mamá cuando era adolescente. Se acuerda hasta del café que preparaba con el grano que les mandaban desde Veracruz. Extraña a su mamá.

RAMÓN TIENE SESENTA AÑOS. Quizá sean menos, pero los más de veinte que lleva malviviendo en la calle lo hacen ver mayor. Flaco, alto como

un jugador de basquetbol, barba y cabellos grises y grasosos. Apoya su peso en un bastón de aluminio que él mismo reforzó con dos bastones de madera –como los que usan los danzantes michoacanos en la Danza de los Viejitos–, amarrados con listones y retazos de tela de colores.

Hace tres años iba todas las mañanas a la fonda del barrio a ayudarlo a doña Ana, la dueña del negocio. El teporocho hacía el aseo, afuera y dentro del local, así como los mandados: iba a traer cajas de huevo al mercado o traía pechugas, piernas y muslos de la pollería de don Cuco. Luego de las labores, la señora le pagaba con comida y quince pesos, que luego subió a veinte. Con ese dinero le alcanzaba para su botellita de alcohol. Hasta el día del accidente.

Lavando el piso del comedor, la suela de su zapato encontró la mitad de un limón y voló. Se fue hacia atrás, cayó de sentón. Se dislocó un disco de la columna vertebral. Lo operaron pero no quedó igual. Lloraba del dolor, sus lágrimas buscaban camino en las arrugas de su rostro. Ahora, tres años después, todavía le duele, aunque más leve. Le quedó la cadera chueca y una pierna más corta –se le nota en las rodillas–. Cojea, por eso usa su bastón reforzado.

Doña Ana pagó los gastos mientras estuvo en el hospital, y para no tener problemas con la policía, porque el hombre cayó dentro de su negocio, decidió indemnizarlo con comida. Así que Ramón va por ahí todos los días, a las dos o tres de la tarde. Nunca entra a la fonda. Se queda afuera esperando el momento en que doña Ana o alguna mesera voltee y lo vea.

–A ver, Lupe, atiende a Ramón.

–¿Qué vas a querer, mi cuate?

Pide papas con chorizo. Lupe sirve el guiso en un plato desechable acompañado con frijoles, “balas”, como él les llama, porque le provocan sonoras flatulencias.

–Regáleme una gorda y una flaca, por favor.

Lupe le da dos tortillas de maíz, las justas para acompañar el guisado. Porque eso sí, muy teporocho pero a Ramón no le gusta comer mucha tortilla. No quiere estar gordo. Y si regala los alimentos que a él le dieron el día anterior es porque le gusta alimentarse con comida caliente, porque con la comida fría su estómago le repela y protesta con diarrea.

–¡AY, PINCHE MOTITA, cómo me late! Y también el alcohol –dijo un día que nos cruzamos por el camino.

Ese gusto por la marihuana y el destilado de caña con sabor a coco también lo condujo a un anexo. Me cuenta que una tarde su hermano, un arquitecto que niega su parentesco con Ramón, lo recogió de la calle. Les dijo a sus amigos que hacía un acto de caridad y lo llevó a uno de esos centros que dicen rehabilitar a los alcohólicos y drogadictos, allá en el Ajusco. Ramón iba por tres meses y se quedó cuatro años.

Al principio le costó trabajo. Su cuerpo pedía un poco de alcohol. No dejaba de temblar, el corazón

“DOÑA ANA PAGÓ LOS GASTOS MIENTRAS ESTUVO EN EL HOSPITAL, Y PARA NO TENER PROBLEMAS CON LA POLICÍA, PORQUE EL HOMBRE CAYÓ DENTRO DE SU NEGOCIO, DECIDIÓ INDEMNIZARLO CON COMIDA”.

latía tan fuerte y rápido que por su mente pasaba la idea de que moriría. Ese pensamiento lo espantaba y se llevaba las manos a la boca. Así comenzó a comerse las uñas. En ocasiones el padrino del anexo ordenaba que le aventaran agua fría para tranquilizarlo.

Poco a poco Ramón calmó sus ansias de beber. No tenía que mendigar comida y podía dormir en un colchón viejo, que siempre es mejor que el suelo. Después le asignaron tareas como barrer los pasillos, lavar el patio, ayudar en la cocina y apoyar a los nuevos anexados. Podía irse cuando quisiera, pero se sentía cómodo ahí. Aunque no se le olvidaban las cubetadas de agua fría.

En ocasiones subía a tribuna a platicar su experiencia. Ahí aprovechaba la regla no escrita de que “en tribuna todo se vale”, así que lanzaba injurias contra su hermano, el anexo, el padrino y su orden de mojarlo para que se le quitara lo borracho y mariguano.

–¡Ah! Qué bromista, el Ramón –afirmaba el padrino entre carcajadas.

Los internos se miraban y se preguntaban por qué le permitían a ese sujeto mandar al diablo a todos. El dinero del hermano de Ramón suavizaba cualquier injuria.

Los nuevos internos comenzaron a llamar *padrino* a Ramón. Él contestaba con furia que él no tenía ahijados. Pero el mote se le quedó.

Un día se sintió harto del encierro y de la gente que llegaba al anexo. Sin pensarlo mucho les dijo:

–Compañeros, ¿ven tele? pues ahí se ven. Yo no soy *padrino* ni la chingada.

Se fue como llegó: sólo con la ropa que traía puesta.

De regreso al Centro, los habitantes del barrio y los otros teporochos no lo reconocieron. Sólo hasta verlo de frente se dieron cuenta de quién

era ese hombre que se les aproximaba con ropas limpias, olor a lavanda, cara rasurada y cabello engominado.

–¡No mames! ¡Ese Ramón!

–Me fui un rato, pero ya. Chingue a su madre, estoy de vuelta.

–Ese Ramón, échate un pegue con nosotros.

–Órale. A ver, tú trae uno de coco.

Cuando el amigo regresó, Ramón abrió la botella y les sirvió a todos.

–Pero el que lo tiene lo goza.

–No, yo no quiero alcohol. Ése lo compré para ustedes.

Así pasó tres meses. El grupo tomaba aguardiente y él bebía refresco. Fichaba, como se dice entre los bebedores. Eso sí, él veía cómo conseguir la botella.

La convivencia diaria con otros teporochos, además del duro trato de la calle, fueron más fuertes que su voluntad. Un día compró un aguardiente y se bebió una. La sirvió bien, la pintó con un poco de refresco y para adentro. Exclamó ese ¡ah! apagado que indica que satisfizo el gusto. No hubo retorno. De un trago bebió el resto de la botellita de a cuarto.

–¡No mames! ¡Está bien chingón!

A ver, tú, tráete los cigarros; tú, saca la mota.

LO PRIMERO QUE HACE Ramón al despertar, por ahí de las seis de la mañana, es recoger, o más bien amontonar sus colchonetas y cobijas. Luego camina por el callejón, orina una de las paredes traseras del templo colonial del siglo XVIII que existe en el barrio; bebe un poco de aguardiente sabor coco para curarse la resaca, fuma un toque de marihuana y un cigarro.

Pero antes de todo le da gracias al *Jefe*, como le llama a quien cree que dirige el destino. Se santigua ante la cruz que corona el campanario de la iglesia colonial. Luego mira al cielo y se vuelve a santiguar, porque de niño le enseñaron que allá vive el *Jefe*, al que imagina sentado ante su computadora. Si él quiere, ¡pac!, golpea su teclado con su dedo y hasta aquí le tocó, a él o a cualquiera. Ahí no hay fallas. Ni presidentes, ni Carlos Slim ni nadie se salva.

Después desayuna, sentado en su *puff* de trapos viejos. A veces pueden ser tacos fríos, otras unos cacahuates o un pan dulce que pidió a algún caminante el día anterior.

Hoy, por ejemplo, tiene una naranja y una barra grande de amaranto que le regaló una chica que esperaba el metrobús. Los ojos de Ramón se enrojecen cuando muerde la fruta. Recuerda entonces las palabras sinceras que le ofreció a la mujer a cambio de la comida.

–Esto te lo voy a pagar a ti y a toda la gente que me ayuda. ¿Sabes cómo? Con una oración, de todo corazón. Por ésta. Es lo único que puedo hacer.

Ramón trata de aguantar la lágrima pero ésta escapa. Jala con fuerza la sustancia viscosa que se ha acumulado en su nariz. Pasa el guante mugroso por su cara y la seca. Se levanta y va al encuentro de la barrendera que comienza su turno. Ramón la intercepta y la saluda.

Ya no llora más. ■

Foto > Orlando Stuwe / flickriver.com



LA NOTA
NEGRAPOR
FRANCISCO
HINOJOSA

@panchohinojosah

HACE MÁS DE VEINTE AÑOS publiqué un cuento llamado "A los pinches chamacos" (*Cuentos héticos*, Joaquín Mortiz, 1996). Desde hace dieciséis, el actor Esteban Castellanos lo presenta como monólogo (o *teatro unipersonal*) y se ha reproducido en muchos estados del país, aceptado por la SEP para el programa de teatro escolar y viajado a otras ciudades a lo largo del continente. Ya rebasa las 750 representaciones. He estado presente en varias de ellas como espectador o para develar placas conmemorativas. Por mi parte, lo leo en secundarias y preparatorias. En cuanto digo el título del relato, el bullicio de los jóvenes se frena y se torna en risas de sorpresa: en el aula o el auditorio de las escuelas no se dicen *groserías*, salvo las que usan entre ellos mismos y por cierto con gran abundancia. Al finalizar la lectura conversamos acerca de las palabras, de la violencia y del humor negro. A veces, quienes se incomodan son los maestros, los directivos o los padres de familia. Y por supuesto, he sido en ocasiones censurado.

Luego escribí otro libro de literatura infantil (*Léperas contra mocosos*, FCE, 2007) en el que tres señoras son malhabladas con los niños. Por supuesto un libro así sería impubliable porque no entraría a los colegios. Entonces me inventé las leperadas. Una de ellas le dice a un mocoso que es un "tácito esdrújulo séptimo"; por la intención con la que se profieren dichas palabras se comprende que son claramente ofensivas. Y en este caso, no hay censura.

Durante años estuve con la idea de escribir un libro para niños que se llamara *Pinche*. Obviamente no habría editorial que quisiera publicarlo ni escuela que lo pusiera en los estantes de su biblioteca. Finalmente, le di una vuelta al término para que se dijera sin decirlo. Y además que no tuviera una cierta definición. Este año saldrá publicado.

¿Cómo definir una palabra? Guillermo Sheridan escribió un artículo en el que exhibía veinticinco acepciones del vocablo *pedo* tal como lo usamos en México. Con el *pinche* omnipresente entre nosotros sucede algo similar: puede ser una denostación (pinche chamaco) o una alabanza (pinche tequila tan bueno). En cambio, sería grosero si nos referimos así al ayudante de un cocinero. Para José Emilio Pacheco es "la palabra más autóctona de México".

Las palabras son de quien las pronuncia o de quien las conoce, aunque no las use. Cuando mi abuelo se quedó



Fuente > t13.cd

“LAS PALABRAS
SON DE QUIEN LAS
PRONUNCIA O DE
QUIEN LAS CONOCE,
AUNQUE NO LAS USE”.

ciego, le gustaba hacer crucigramas con su enfermera. Ella le decía la definición y él sabía las respuestas que quizás el 99 por ciento de los académicos de la lengua, no crucigramistas, no resolverían. ¿Cuál es una "especie de violoncelo siamés"? La respuesta: sa. ¿Cómo se llaman los indios de la Tierra del Fuego? Onas. Para resolver los publicados por el diario *El País* habría que ser español: ¿cuál es su cuna del calzado? No es León, Guanajuato, sino Elda. ¿Y el diminutivo de aragonés (fem.)? Ica. Además, un crucigramista debe conocer todos los símbolos de la tabla periódica. Existen en internet varios sitios dedicados a definir palabras contenidas en este juego cuadrulado.

En un espectáculo en el que participo sobre *La peor señora del mundo* como lector con la Orquesta Basura, en algunos momentos "rompo la cuarta pared", o sea, interactúo con el público. En una de las intervenciones trato de describir lo que significa un pellizco y cito el Diccionario de la Real Academia: pellizcar significa para ellos "asir con el dedo pulgar y cualquiera de los otros una pequeña porción de piel y carne...". Pregunto al auditorio quién ha pellizcado a alguien con el dedo pulgar y el meñique, el anular o el de en medio. Por supuesto la respuesta es que solo lo hacen los académicos de la lengua. Tan sólo palabras.

(En el artículo que publiqué sobre "Neruda en Morelos", me aclara Mario Casasús que la cita que tomé de Carlos Lavín es un burdo plagio que éste hizo del libro de Casasús. Reconozco que fue una mala lectura mía. Va mi disculpa a un periodista e investigador muy serio que ha dedicado quince años a la poesía y la vida de Neruda). □

TAN SÓLO
PALABRASLA CANCIÓN
6POR
ROGELIO
GARZA

@rogeliogarzap

EL VOCALISTA de Prodigy, Keith Flint, se suicidó a principios de marzo a los 49 años en su casa de Essex. Fue un tipo coherente con el pensamiento punk al que se aferró desde adolescente siguiendo a The Jam: vivir al límite y morir antes de ser viejo. Como delantero del grupo fue un icono de intensidad y explotación sensorial en los noventa, bailando con un pie en el mundo análogo y el otro en el digital, energía incontenible en el escenario de su vida. No conoceremos los motivos reales, pero colgándose confirmó su estatus extremo. Nombre de pirata, cuernos verdes y vocación incendiaria.

En los noventa todos reventamos con Prodigy, la contraparte inglesa de Ministry, intersecciones entre la música electrónica para bailar (techno, dance, industrial) y el rock potente para desmadrar (punk, metal, speed). Prodigy surgió de la movida Acid House (dance, tripis, happy face) por el célebre *mixtape* que el pianista, productor y diyei Liam Howlett le grabó a Flint, coreógrafo y cantante. A partir de ese casete decidieron colaborar en un proyecto cuyo nombre salió del Moog modelo Prodigy. Descabezaron los primeros *raves*, aquellas fiestas de electrónica, MDMA, LSD y bebidas inteligentes que salieron del subterráneo para volverse multitudinarias. Con ellos también jalaron el vocalista y coreógrafo MC Maxim y el tecladista Leeroy Thornhill. La cosa se puso más interesante cuando metieron guitarristas, bajistas y bateristas, algunos de ellos muy buenos.

Grabaron una decena de discos aceleradísimos, sampleando desde The Who y Michael Jackson hasta las Breeders, y detonaban la locura en vivo (*rave*), como lo atestigüamos acá en 2005 y 2016 cuando pasaron a



Fuente > Kerrang.com

“FLINT ERA BAILARÍN,
CORREDOR DE MOTOS GP,
DUEÑO DEL EQUIPO
TEAM TRACTION
CONTROL, BOXEADOR”.

desperdigar sus brillantes beats. Flint empezó a cantar en el gran *The Fat of the Land* de 1997, arrollador número uno en Inglaterra y Estados Unidos, la música que poníamos para trabajar en la agencia a las tres de la mañana hasta el cepillo de cualquier sustancia que nos mantuviera despiertos y creativos. *Always Outnumbered* e *Invaders Must Die* son estupendos, pero el disco del cangrejo en guardia es la mejor producción de Howlett y contiene sus mega hits, la polémica "Smack My Bitch Up" con ese solo de voz que causa asfixia, "Breathe" y el tema de Flint, "Firestarter": *Soy el iniciador de problemas, instigador punk, soy un adicto al miedo, un peligro ilustrado*.

Una vida con el vértigo musical de Prodigy. Era bailarín, corredor de motos GP, dueño del equipo Team Traction Control, boxeador, practicaba jiu jitsu, tuvo un pub y una banda de punk llamada Flint, con la que grabó *Device #1*. Nada mal para un adolescente disléxico que abandonó el colegio a los quince años. Al final vivía con sus perros y sus caballos, antes de dar el último concierto el cinco de febrero en Nueva Zelanda. Un mes después llegó al más allá como demonio montado en la Suzuki GSX-R1000. *Live fast, die young*. □

PRODIGY SIN
FIRESTARTER

ES SABIDO, la película nunca será mejor que el libro. Pero no por eso el fan que llevas dentro va a dejar de emocionarse cuando te anuncian la película sobre Mötley Crüe, basada en la biografía del grupo, *The Dirt*, que en español titularon *Los trapos sucios*, pero cuya traducción literal más cercana posible es *el cochambre*.

A pesar de que la expectativa no era alta, con Netflix ya nada lo es, la película resultó bastante chafita. Mal dirigida, pésimamente actuada y con un formato barato de video home. Una lástima porque el libro es un documento jugoso de la que todavía ostenta el título de la banda más desmadrosa del rock. Lo cual no es poco decir. Que te sitúen por encima de Los Rolling Stones y Los Who no es nada sencillo.

Antes de su estreno corrieron rumores de que *The Dirt* sería una serie. Quizá los productores no le vieron potencial para cuatro temporadas, pero una miniserie de cuatro capítulos habría sido ideal. El problema de las casi dos horas que dura el video home es que se desperdicia una historia jugosa en anécdotas dignas de ser filmadas. Y como ocurre siempre en estos casos, se le pasa revista a los acontecimientos demasiado rápido, lo que convierte la narrativa en un *fast forward*. Entonces no te dejan digerir un acontecimiento cuando ya te están echando el otro encima.

El *casting* es también errático. Los actores parecen metidos con calzador en el papel. Y les falta énfasis en los momentos dramáticos. La historia de Mötley Crüe es la novela rusa del rock. Pura tragedia. Pero por el formato que le dieron parece más una versión bastante mala de *Porkys* o *La venganza de los nerds*. Más que una banda de rock amenazante parecen los miembros de una fraternidad universitaria.

La historia, como ocurre en el libro, es contada a cuatro voces. Aquí no está presente la intrusión del negro literario, Neil Strauss. El guionista no logra captar la esencia del material que tiene en las manos y la película se narra de manera atropellada. Al principio hay un recurso que pretende ser novedoso, en una escena Mick Mars dice que en realidad así no sucedieron las cosas con el manager, pero este tipo de giros no vuelve a producirse. Es comprensible que se le haya querido dar el toque ochentero, pero la estética es como *Magnum* con bajo presupuesto.

Lo que sí está de agradecerse es que no hayan querido adecuarla a todo público, como ocurrió con la historia de Queen. Aquí se ven escenas de la salvaje vida de la banda. Hay sexo, drogas (muchas, era el sello de la casa) y rock & roll. Pero los *highlights* se pierden de lo apresurado que se cuentan.



Fuente > imdb.com

**“LO MEJOR, BENDITO
ROCK, ES LA MÚSICA.
QUÉ BUENA SELECCIÓN
HICIERON PARA
EL SOUNDTRACK
DE LA PELÍCULA”.**

El accidente de coche en el que murió Dazzle Ringley, baterista de Hanoi Rock, y por el que Vince Neil fue a la cárcel y la muerte de su hija Skyler de seis años debido al cáncer fueron hechos dolorosísimos, que en el libro le estrujan el corazón al lector, pero que en la pantalla no cumplen su cometido.

Como ocurre en la cinta sobre Queen, hay mucha recreación. Un gran desperdicio, porque si hay un grupo que encabezó la era MTV fue Mötley. Existen cientos de horas de grabación que pudieron ser intercaladas en la cinta. No sé si esto no ocurra por una cuestión de derechos, pero eso le daría a la cinta fuerza. Quizá no se inserten escenas de la vida real para restarle aires de documental y hacer la narrativa fluida, pero como está parece mal hecho. El uso de ese material habría sido mejor que las escenografías artificiosas que aparecen.

Hay cosas que no sucedieron tal como se cuentan, como el encuentro con Ozzy. Si esnifó hormigas y lamió sus orines, pero fue a campo abierto, en un festival. Y Nikki Sixx sí volvió de la muerte. Pero ya estaba declarado clínicamente cadáver y abandonado en una plancha, entonces despertó y escapó del hospital por una ventana. Sin camisa y con su pantalón de cuero le pidió raite a unas grupis que ponían unas veladoras en su honor a espaldas del hospital. Se montó en el convertible y se fue a volver a inyectarse heroína.

La historia se interrumpe, no se narra el episodio de Nikki Sixx en Japón con las 90 prostitutas, ni el video porno de Tommy Lee y Pamela Anderson ni la caída al bote de Tommy Lee. Mientras mordía barrote Pamela se cogía a quien quería y él seguía enamorado de ella.

Lo mejor, bendito rock, es la música. Qué buena selección hicieron para el *soundtrack* de la película. Una antología completísima de la banda con dos canciones inéditas y un cóver de Madonna. Esta es la banda que tocó la puerta al diablo y éste le abrió la puerta. Merecía una mejor versión, lástima que cayó en manos de Netflix. 📺

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ

@charfornication

EL COCHAMBRE

ESTA SEMANA EL ALACRÁN VIO sumarse las denuncias de violencia contra las mujeres en el ámbito de la literatura. Recorrer el hashtag creado por mujeres #metooescritoresmexicanos es asomarse al horror enfrentado por ellas en ese medio. La enumeración de abusos crece —del piropo obsceno al hostigamiento y el manoseo, de la violencia emocional, psicológica y física a la violación—, y viene con los nombres y apellidos de los abusadores.

El escorpión ha leído también las quejas, principalmente de hombres, sobre la peligrosidad de la denuncia anónima y la posible difamación de los involucrados, idea a la cual se sumaron pocas mujeres. El venenoso no va siquiera a intentar *manexplicar* el tema, prefiere, como ya lo ha hecho aquí, apoyar a las denunciantes y deconstruir la masculinidad.

El arácnido retoma para ello la voz de la antropóloga y feminista argentina Rita Segato, y su pensamiento crítico sobre el patriarcado, el mandato de la masculinidad, la pedagogía de la crueldad y la institución de la corporación masculina. Para “titularse de hombre” en la escuela de la masculinidad, dice Sagato, el niño debe cursar la pedagogía de la crueldad. “Un niño en la escuela con una piel más fina, atravesada por la empatía, el dolor ajeno, la expresión de emociones, la vinculación con otros, el llanto o la queja, será objeto de *bullying* y de sospecha por no haber producido una piel masculina dura”.

Para ser hombre se debe mostrar esa piel dura, insensibilidad al sufrimiento cotidiano (ansiedad, angustia, depresión, dolor psíquico), y al de las personas cercanas, lo cual no sólo lo insensibiliza programática y racionalmente, también lo “*desensitiza*”, concepto referido a un proceso no filtrado por la conciencia de pérdida de los sentidos. El hombre recibe así su *titularidad* y su mandato de



Fuente > cmlarrino.wixsite.com

**“PARA ‘TITULARSE DE
HOMBRE’ EN LA ESCUELA
DE LA MASCULINIDAD,
DICE RITA SAGATO,
EL NIÑO DEBE CURSAR
LA PEDAGOGÍA
DE LA CRUELDAD”.**

masculinidad, imposición e investidura necesarias para ser parte de la “corporación masculina”, narcisista, autoreferenciada, donde figura, en el centro de la comprensión del asalto a la vida de las mujeres, la relación entre los hombres, su lealtad a la corporación jerárquica y autoritaria.

El alacrán reconoce el acierto de la autora de *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez* (Tinta Limón, 2013), cuando niega “la cultura de la violencia y la violación”, porque la idea pierde la historicidad del fenómeno. La antropóloga lo explica mejor como producto del orden político del patriarcado.

Rita Segato estuvo en noviembre en México para dar una conferencia. El venenoso invita a escuchar sus entrevistas en YouTube, para vislumbrar un freno a la violencia de género en el rechazo de los hombres, de la mano del feminismo, al mandato masculino y su corporación. 📺

EL SINO DEL ESCORPIÓN

Por
ALEJANDRO DE LA GARZA

@Aladelagarza

SER HOMBRECITO

FILO LUMINOSO

Por
NAIEF YEHYABURNING
DE LEE CHANG-DONG

Jongsu (Yoo Ah-in) es un hombre joven, tímido, con aspiraciones literarias, que trabaja como repartidor y se reencuentra con una chica que conoce desde la niñez, Hae-mi (Jong-seo Jun), quien trabaja eventualmente como modelo de publicidad callejera para una tienda. La chica le confiesa que se hizo cirugía plástica: “¿Me puse guapa, verdad?”, fuman un cigarrillo y van a tomar un trago. La aparente indiferencia inicial de Jongsu da paso a un evidente interés romántico por Hae-mi, quien le dice que está a punto de viajar a África y le pide que en su ausencia cuide a su gato. El director sudcoreano Lee Chang-dong realiza una delicada y compleja adaptación libre del cuento *Quemar graneros* (1992), de Haruki Murakami, en la espléndida cinta *Burning*, su sexto largometraje y primer filme en ocho años, tras la extraordinaria *Poetry*. El cineasta retoma los personajes y las situaciones del cuento pero añade, con sutileza asombrosa, una disección moral, intelectual y de clase a la historia.

Hae-mi es un espíritu libre con gran carisma que parece flotar sin preocuparse por motivos ni restricciones sociales. A su regreso de África, Jongsu la espera ansiosamente en el aeropuerto para descubrir que viene acompañada de Ben (Steve Yeun), un hombre elegante de clase alta que conoció allá y con quien tiene una relación. Ben es amable con Jongsu, sin embargo no oculta un discreto dejo de desprecio y condescendencia. La obra es un fabuloso retrato psicológico que deriva en un *thriller*, el cual entrelaza sus temas a través de la presencia casi etérea de Hae-mi, una chica de apetitos voraces, pasiones impredecibles y transitorias que funciona como el centro de gravedad que atrae a la gente, sin comprometer su independencia ni revelar su intimidad. Se comporta con su habitual desparpajo con su nuevo novio millonario y sus amigos, con una ingenuidad y candor que van de lo conmovedor a lo bochornoso. Mientras seduce a Jongsu con su destreza en la pantomima, al comer mandarinas invisibles en un bar, parece poner nerviosos a sus nuevos amigos burgueses, quienes no ven la ironía de sus bailes o comentarios, por lo que les parece inadecuada. La contraparte de la franqueza y espontaneidad de la chica la representa Ben, quien carga cada uno de sus pulidos comentarios y gestos con significados ocultos e implicaciones impredecibles, desde sus tersas opiniones hasta sus bostezos y sonrisas sarcásticas.

La cinta es también un retrato de ausencias, de huecos emocionales que no pueden ser rellenados: por un lado está el padre de Jongsu, quien está preso y espera una sentencia por agresión; por otro, su madre que los abandonó cuando era niño. También está el gato de Hae-mi, que Jongsu nunca ve y de cuya existencia llega incluso a dudar; las llamadas telefónicas silentes; la frontera con sus altoparlantes propagandísticos pero aparentemente desierta. Ben y Hae-mi son seres misteriosos de los que desconocemos todo y lo poco que sabemos, como que ella se cayó en un pozo, parece difícil de creer. En cierta forma, ambos son seres vacíos, pero mientras ella es infantil y vulnerable, él parece un peligroso sociópata, quizás un asesino que dice nunca haber llorado en su vida. Hae-mi explica que el secreto de la pantomima no radica en el talento ni en imaginar cosas que no están ahí, sino en olvidar que no lo están. Y ésa es obviamente la metáfora dominante del filme.

La película da un extraño giro cuando Ben, quien maneja un flamante Porsche y vive en un departamento lujoso, decide con Hae-mi visitar a Jongsu en su decrepita y abandonada granja familiar, cerca de la frontera con Corea del Norte. Ahí comen, beben, fuman marihuana y Ben le confiesa que le gusta quemar invernaderos; en parte, la visita se debe a que supuestamente él busca cuál sería el próximo en quemar. Con esta confesión de piromanía, el fuego se convierte en el elemento que vincula a los protagonistas: Hae-mi habla de las fogatas alrededor de las cuales bailan los bosquimanos del Kalahari, y Jongsu de la fogata en la que su padre quemó las pertenencias de



su madre cuando los dejó. Ben afirma que “No hay bien ni mal, sino sólo la moral de la naturaleza”. Por lo tanto, él es tan sólo la mano del destino inevitable. Antes de la revelación de su extraño pasatiempo, Hae-mi baila con el pecho desnudo en el atardecer otoñal, con las banderas de las dos Coreas ondeando a la distancia, mientras suena la pieza de Miles Davies usada en la pista sonora de *Ascenseur pour l'échafaud*, de Luis Malle (*Ascensor al cadalso*, 1958). Es una escena de belleza extraordinaria, en la que Ben no oculta otro bostezo. Aquí destaca la de por sí notable fotografía de Hong Kyung-pyo.

Así como es obvia la referencia a *El gran Gatsby*, de Scott Fitzgerald, Jongsu observa con admiración y desconfianza la opulencia de Ben, uno de tantos gatsbys coreanos. Hay también una evocación a otro relato de graneros en llamas. No tenemos idea de lo que escribe Jongsu pero sabemos que su escritor favorito es William Faulkner, autor de *Incendiar graneros* (1939), otro cuento con un trasfondo de conflicto social, en el que el padre del joven protagonista también es acusado de un crimen. De esa manera, Lee establece un vínculo entre el minimalismo de Murakami, el gótico de Faulkner y la tragedia de Fitzgerald.

Jongsu se obsesiona con los invernaderos, corre de uno a otro para ver si Ben ha cumplido con su amenaza, lo espía y sigue a bordo de su vieja camioneta mientras conduce por Seúl. A esa ansiedad se une la súbita desaparición de Hae-mi, quien en algún momento dice: “Quiero desaparecer como esta puesta de sol”. Ben asegura no saber donde está ella, aunque misteriosamente tiene de pronto un gato que puede o no ser el gato de Hae-mi. La angustia de Jongsu crece y sus preocupaciones obligan a este hombre de apariencia indiferente a comprometerse con la realidad, a tratar de encontrar a la mujer que ama y quizá a impedir que Ben incendie otra propiedad o a comprobar si eso es tan sólo una metáfora de otros delitos.

La colisión entre los mundos de Jongsu y Ben es electrificante: mientras el primero vive en un universo en lenta desintegración, repleto de tensiones, ruido y desprecio por sus intereses creativos, en el cual pese a tener un título universitario es incapaz de obtener un empleo digno, Ben vive en uno de buen gusto, espacios amplios occidentalizados, inagotable tiempo libre y refinamiento. Son las dos caras del capitalismo depredador, las calles estridentes y frenéticas donde Jongsu y Hae-mi se reencuentran y los espacios apacibles de la alta burguesía. De hecho, el filme concluye en un terreno neutral, en medio de la nada, donde la perspectiva cambia de Jongsu a Ben y tiene lugar un acto ritual de purificación. Chang-dong es un filósofo y un esteta del cine, uno de los narradores menos convencionales y más virtuosos de nuestro tiempo, y ésta es una cinta con un asombroso poder poético que retrata con genialidad el capitalismo tardío del Antropoceno. ■

“LA CINTA
ES TAMBIÉN
UN RETRATO
DE AUSENCIAS,
DE HUECOS
EMOCIONALES QUE
NO PUEDEN
SER RELLENADOS”.